

PANORAMA INTERNACIONAL



*si uno es bueno...
el otro es mejor!*

SOLO GARVEY SUPERA A GARVEY

Si Kosyguin y Breznev no van a Washington, Johnson irá a Moscú; con esta nueva apertura hacia la paz y el entendimiento abierta por el Presidente de los Estados Unidos con el tradicional mensaje sobre el «Estado de la Unión» con el que se inaugura el año político tras la tregua de fin de año, nos hallamos instalados en un período rosa de la relaciones internacionales. Johnson encuentra que, después de todo, «el comunismo no es la única fuente de perturbación y desvelo» —el fantasma político de Goldwater se habrá estremecido hasta la médula con esta frase relativamente audaz—, lo cual está indudablemente en relación con ciertas decisiones del alto capital de Estados Unidos. Por ejemplo, Firestone va a instalar en Rumania una fábrica de caucho sintético, con una inversión equivalente a ochocientos millones de pesetas; y la Universal Oil Products of Illinois invertirá en el mismo país unos 50 millones de pesetas en una factoría para tratar los subproductos del petróleo. Se asegura que, próximamente, el Presidente va a proponer al Congreso que las naciones comunistas europeas se beneficien del trato de «nación más favorecida» en los futuros acuerdos comerciales —Polonia y Yugoslavia tienen ya esa consideración— y se asegura también que la misma Unión Soviética está siendo objeto de ofertas muy concretas por parte de grupos de capital norteamericanos que necesitan nuevos terrenos para su expansión y que ven con cierta angustia que los países competidores europeos —Francia, Gran Bretaña, la misma Alemania Federal— se aproximan a Moscú con intenciones comerciales e industriales. De hecho, el año se abre con una carrera hacia Moscú. Wilson va a ir en un breve plazo; De Gaulle está invitado y ha enviado ya, como adelantado, a Peyrefitte; es muy posible que Erhardt se decida a hacer un viaje en el que ya le ha precedido su gran magnate Krupp y también algunos poderosos financieros e industriales alemanes. El «deshielo», el final de la guerra fría, hace pensar que un inmenso mercado —el mundo comunista— se abre ante las sociedades occidentales, cuyo mayor problema en estos momentos es el de no saber dónde pueden invertir. El hecho de que el capital —y, especialmente, el capital americano— comience a comprender que una economía de paz es más rentable que una economía de guerra, es uno de los mejores síntomas en favor de la paz mundial.

Sin embargo, Johnson entiende que el comunismo, a pesar de «no ser la causa de todos los males», como reza su eufemismo, «presenta un rostro más agresivo» en Asia, concretamente en China. En estas dos frases se encierra toda la nueva política exterior de los Estados Unidos: paz con Rusia, incluso a costa de congelar su famoso proyecto de Fuerza Multilateral, incluso dejando en el refrigerador, para más adelante, el trozo duro de la unificación de Alemania y el problema berlinés; y desplazamiento de la guerra fría hacia China. Es decir, profundizar en la idea de «los dos comunismos», uno malo y otro

LA CARRERA HACIA MOSCÚ

menos malo; uno intratable y otro tratable. Esta no disfrazada tendencia explica las reservas con que Moscú ha acogido la sugerencia de la próxima entrevista —sugerencia digo porque el discurso del Presidente carecía de una propuesta real, y esta vaguedad la ha mantenido en todos los extremos de su disertación: ha anunciado una visita a «los países amigos» de Europa, sin precisar cuáles son; una visita a Hispanoamérica, sin decir en qué fecha ni a qué países—; precisamente porque Moscú, que desde el advenimiento de los nuevos dirigentes está tratando de restañar la gran herida abierta en sus relaciones con China, ha podido entender que una aceptación apresurada, por muy deseada que sea, del mensaje de Johnson podría hipotecar estos esfuerzos. Caben muy escasas dudas de que este encuentro «en la cumbre», por adoptar la terminología al uso, va a producirse en el curso del año. A pesar de la generosa oferta de Johnson de poner a disposición de sus posibles visitantes la red de televisión para que se expliquen a sí mismos ante el pueblo americano, es posible que ellos prefieran recibir a Johnson en Moscú, lo cual sería un hecho histórico: la primera vez, después de la segunda guerra mundial, que el Jefe de Estado americano pisase territorio soviético podría considerarse también como una nueva garantía de paz.

Ante esta modesta apertura de Johnson, puede pensarse si los Estados Unidos estarán actuando con una paz de retraso, como se decía antes que Francia estaba con una guerra de retraso (aludiendo a que su ejército y su armamento, en cada guerra, eran los adecuados para haber ganado la guerra anterior). Los dramáticos problemas con que se enfrentan los Estados Unidos en el Sudeste asiático no tendrán fin hasta que haya un entendimiento directo con China. Más ágil, más astuto, el general De Gaulle les ha precedido en este camino inevitable de no ignorar la existencia de un país de 700 millones de habitantes, en pleno desarrollo acelerado, con un inicio de bomba atómica, con una influencia inmensa sobre el continente más poblado del mundo.

Es curioso cómo la vocación de policía mundial que los Estados Unidos heredaron de la postguerra pasada está alienando todas sus posibilidades de movimiento. Las operaciones del Vietnam están arruinando su prestigio militar y político en el mundo asiático, como las operaciones del Congo, donde la tenacidad en la intervención está paradójicamente aliada a la timidez de esa intervención, han alejado de ellos al «tercer mundo». El esfuerzo que ha hecho Averell Harriman durante una sesión llamada «secreta» de la NATO en París —la semana pasada— para conseguir que Francia y otros países se uniesen a su política congoleña, puede haber sido infructuoso, y la única decisión que parece haber sido tomada es la de que «sería necesario encontrar una política común y coordinada de las potencias occidentales para el conjunto de África». El ministro portugués de Asuntos Exteriores, Franco Nogueira, había acudido también a París para

Por EDUARDO HARO TEGGLEN

asistir a esa reunión, con objeto de atraer a sus compañeros de la NATO a definir una política africana más audaz, con objeto de respaldar sus intereses en Angola. Portugal teme, y con razón, que en el momento en que Chombé termine su aventura, el Congo pueda deslizarse hacia una solución más africana, lo cual sería especialmente dramático para Angola. Parece ser que los Estados Unidos han decepcionado a sus compañeros portugueses.

¿Qué otra política pueden seguir hoy los Estados Unidos en el Sudeste asiático y en el Congo? El abandono puro y simple no parece previsible por ahora en ninguno de los dos puntos incendiados, pero tampoco parece que sus necesidades políticas internacionales les permitan ir más allá en el camino de la intervención. Con respecto a Asia, la única solución aparente es la negociación, la neutralización propuesta por De Gaulle. Una conferencia internacional con la presencia de China se dibuja en el horizonte. Hay una serie de temas en el mundo que no se pueden considerar sin diálogo con Pekín: la paz en Asia no es más que uno de ellos —el desarme atómico, la posición de los países subdesarrollados, la lucha contra el hambre, la expansión del comercio mundial, son otros nada despreciables—. Pero es posible que este año sea demasiado pronto. Como quizá sea también pronto este año para el ingreso de China en las Naciones Unidas, por el cual, por cierto, parece haber perdido repentinamente interés. Las campañas habituales que realiza otros años por estas fechas no han aparecido. En algunos medios occidentales existe la sospecha de que China quiere montar un organismo paralelo, una especie de «ONU de los pobres» a la que acudirían todos los países que han resultado despechados por el organismo internacional. Indonesia sería el primero de esos países. Su ejemplo al abandonar la ONU podría servir a otras víctimas del montaje internacional.

El momento, sin embargo, no parece oportuno, desde una óptica comunista. No lo es porque precisamente la ONU está dejando de ser «un mito americano», como dice el comentarista de la Agencia soviética Novosti, B. Izakou. En su artículo me apoyo para decir que la óptica comunista sostiene que precisamente ahora la ONU comienza a ser útil. «Deseosos de enterrar la ONU —escribe—, es otra cosa lo que entierran los Estados Unidos; a saber: el concepto americano de esta organización, formado durante los años de la guerra fría. Según ese concepto, la ONU representa el papel de un organismo que contribuye al éxito de la política exterior americana, o sea, un anejo del Departamento de Estado». «La ONU no es un club de cricket sino una organización internacional que une Estados de sistemas sociales diferentes y con intereses diversos». Evidentemente hoy forman parte de la ONU ciento quince naciones y la Asamblea General no puede presenciar fácilmente hegemonías.